

SEÑOR GIRON: "Queremos un Estado asentado sobre un régimen de participación"

«Que armonice las lógicas y naturales tendencias políticas»

MADRID, 30. (INFORMACIONES).—«Queremos que el Estado sea sólido, con autoridad, y que esté puesto al servicio exclusivo de los intereses de España y del pueblo español, asentado sobre un régimen de participación e integración nacionales, que, en renovada perfección, armonice las lógicas y naturales tendencias políticas», dijo ayer el consejero nacional don José Antonio Girón de Velasco en presencia del Jefe del Estado y del Príncipe de España, que presidieron en el Consejo Nacional el solemne acto conmemorativo de la fundación de la Falange.

Franco y el Príncipe llegaron a la sede del Consejo (antiguo Senado) en el mismo automóvil. Tras ser saludados por el ministro del Ejército y el capitán general de Madrid y una vez interpretado el himno nacional, el Jefe de Estado pasó revista a una compañía de honores. A continuación, Franco y el Príncipe don Juan Carlos fueron recibidos en la puerta del Consejo por el ministro secretario general del Movimiento e inmediatamente después por el vicepresidente del Gobierno, el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, los miembros del Gobierno y la comisión permanente del Consejo Nacional.

Al entrar en el salón de actos, los consejeros nacionales, puestos en pie, vitorearon y aplaudieron fuertemente al Jefe del Estado con los gritos de «Franco, Franco, Franco».

El Jefe del Estado ocupó la presidencia. A su derecha se sentó el Príncipe de España y a su izquierda el ministro secretario general. Inmediatamente, Franco concedió la palabra al consejero nacional, señor Girón de Velasco, quien, entre otras cosas, dijo:

«Hoy se han cumplido treinta y nueve años del acto inaugural celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid. La distancia que nos separa de aquella mañana otoñal constituye, sin ningún género de dudas, la etapa más fecunda y dinámica de la historia de nuestro pueblo.

España ha conocido bajo el mandato de Francisco Franco paz, bienestar y progreso. Esa obra de gobierno está asentada en sólidos cimientos que sostienen el entramado jurídico del retablo político español e inspirada en dos fuentes ideológicas de cuyos permanentes manantiales surgen los propósitos de esta hora: los idearios de Falange Española y de la Comunidad Tradicionalista. Franco supo conjugar, para una hermosa aventura sin precedentes, todo el sabio caudal de los valores de la tradición con el fresco y dinámico sentimiento revolucionario que emanaba de unas juventudes universitarias y obreras, convocadas y dirigidas por José Antonio, que se proponían ni más ni menos que devolverle a los españoles dos cosas perdidas: la Patria y la Justicia.

Sería un error gravísimo encasillar el nombre de Francisco Franco, sin más paliativos, en una obra de Estado o en una obra de Gobierno. Franco es, antes que otra cosa, el Jefe de la Revolución Nacional.

UNA FALSA INTERPRETACION

Hay muchos señores, conocidos por todos, que sostienen el criterio de no turbar a la juventud con el recuerdo amargo de otros tiempos, porque estas evocaciones —dicen—, además de no ser de muy buen gusto, podrían amenazar a la unidad de los españoles al envolver, en la emoción del heroísmo y del sacrificio, el triste espectáculo de las banderías nacionales que reclamaron e hicieron necesario el Alzamiento del 18 de julio de 1936.

No es justa esa interpretación. Reducir el triunfo de España a una victoria militar

(Pasa a la pág. siguiente.)

ACTO CONMEMORATIVO DE LA FUNDACION DE LA FALANGE

(Viene de la pág. anterior.)
sobre una República que desde el decadente conservadurismo de sus orígenes desemboca en el carrusel comunista, sería empequeñecer y traicionar una empresa solidaria e integradora que superó incluso la inevitable y honrada división de los años de la contienda. Sería también absurdo sintetizar toda la lenta desventura del pueblo español en el cómico espectáculo de cinco años de República. No creo que nadie sea capaz de sostener a estas alturas la tesis de que aquellos cinco años tenebrosos fueron una interrupción de la vida secular, libre, apacible, feliz y progresiva de un gran Estado.

HACIA UN ESTADO NUEVO

No puede hacer una revolución sin un Estado fuerte y sin una fe colectiva que lo anime y lo justifique; pero es inútil olvidar que el Estado español, al cabo de treinta y seis años, sólo puede justificarse frente al futuro como ejecutor de la Revolución Nacional. Si el Estado o su brazo ejecutivo — que es el Gobierno — abandonasen un día ese propósito, no sólo se quedaría sin sustancia, sino que vería alinearse frente a él el descontento y la ira de todo un pueblo. Pero es que además el Estado español, que ha tenido que superar un eficaz y dilatado período constituyente, puede hoy abordar con muchas más garantías de eficacia y de éxito que hace siete lustros los presupuestos ineludibles de Revolución Nacional. Hay que despejar sin vacilaciones la incógnita que puede anidar en el corazón de muchas gentes sencillas, según la cual, tras la esperanza de la Revolución, el régimen y el Movimiento van a servir, por estas o aquellas circunstancias, al interés de las minorías privilegiadas.

LA AUTORIDAD DEL ESTADO

Os decía que la primera tarea con que se enfrentó la revolución nacional fue con la necesidad de crear un nuevo Estado. Queremos que ese Estado sea sólido, con autoridad y que esté puesto al servicio exclusivo de los intereses de España y del pueblo español, asentado sobre un régimen de participación e integración nacionales que en renovada perfección armonice las lógicas y naturales tendencias políticas; por eso tematizamos la lucha de clases y la pugna enconada de los partidos, que se hacían incompatibles con la visión de ese Estado fuerte y solidario. Pero para que el Estado sea eso, síntesis del pueblo, es preciso que el Gobierno sea, a la vez que reflejo, ejecutor de los intereses de ese mismo pueblo y no incesante espectador de sus luchas y desazones. En palabras de José Antonio, nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta — como no la justifica un individuo — sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. La norma del Estado español ha de ser la de ejecutor de la revolución nacional.

Confundir autoridad con tiranía es o una simrazón, ciertamente endeble, o un fácil truco de prestigiosidad política para volcarlo sobre cualquier desahogo callejero. Sólo podría existir ese peligro si no se extrema la vigilancia para que el Estado cumpla su función primordial y, por el contrario, se posibilite su debilidad al ponerlo al servicio de los intereses de clase o de grupo; entonces, una burocracia que olvidase aquel sentido de participación y solidaridad comunes en que descansaba el retablo político, favorecería la concentración del poder económico y público que controla a toda la comunidad,

pero que lo poseerían exclusivamente unos individuos y unas organizaciones privadas. Así no se podría justificar ni ante Dios, ni ante la Historia, ni ante los hombres, el poder ni la autoridad. Ese no puede ni debe ser nuestro caso, y al recabar para el Estado el máximo rigor, estamos, con Santo Tomás, en que el principio motor que dirige y establece en un grupo humano el orden necesario para conducirlo a su fin, es precisamente el principio de la autoridad. La máxima responsabilidad pública reside en la subordinación de la ejecutoria de esa autoridad al bien común.

LA ECONOMIA, INSTRUMENTO AUXILIAR

Cuando el Estado tiene conciencia de su misión, tiene conciencia a la vez de que la economía es un instrumento auxiliar de la política. Una gran política es, efectivamente, el conjunto de principios morales, filosóficos, jurídicos, sociales y culturales que se sirven de lo económico en la

medida que pueden y que les convienen. Este fue el punto de partida de la revolución nacional: la economía al servicio del hombre; al servicio de la política del hombre y en ningún caso el individuo o la política al servicio de la economía. Por eso nuestro Estado debe situarse tan lejos de cualquier dirigismo partidista como de cualquier sacrosancción de liberalismo económico. La comunidad nos dirá en cada caso lo que necesita y quiere. No es preciso que se proclame fanáticamente partidario de la empresa estatal o de la empresa privada. Pero tiene que tender incesantemente a lograr que los elementos que intervienen en la producción se sientan unidos por el mismo destino y las mismas ilusiones, involucrados sin deslindes en la misma noble aventura. Con una política enérgica y generosa; con una política sobre todo diáfana y honesta buscaremos sin descanso la formulación de las medidas que tiendan a establecer ese equilibrio.



El señor Girón, durante su discurso

Nosotros venimos a servir a la profunda libertad del hombre, a su destino trascendente. Por eso nos resistimos a entrar en el juego de quienes desde el marxismo o desde el capitalismo consideran al hombre esencialmente una máquina que produce y consume. Hemos de defender al hombre de quienes lo entienden como un sujeto que quiere gastar más de lo que gana; en eso — dicen algunos teóricos del bienestar de hoy — reside el progreso. El progreso del capitalismo, habrá que añadir. Gastar más de lo que

se ha creado en ella ilusiones y se la ha puesto como en terreno de nadie, a disposición de los primeros que han querido mentalizarla, indefensa ante cualquier agresión política, a disposición de la subversión. El problema universitario reside también en que siendo la Universidad del Estado la Universidad que pagan todos los españoles; está, mayoritariamente, abrumadoramente, puesta al servicio de los afortunados.

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

«La cultura — para el señor Girón — es la clave de la libertad.»

«La cultura ha sido durante milenios — dijo — el patrimonio de una casta encastillada en su torre de marfil. Ahora se habla mucho del problema universitario; pero, ¿cuál es en el fondo el problema universitario? Para mí el tema no admite dudas: más allá de unas situaciones de valor docente, técnico o científico, de reajustes o acomodaciones necesarias e ineludibles, el problema más hondo que tiene planteado la Universidad es el tremendo abandono en que se ha dejado a la juventud, no

económico, en lo social y en lo político y no por un capricho de absorción sino por algo bastante más incómodo para quienes han de gobernar, por hacerlo recio, sólido y fuerte, para que sus aspiraciones no se diluyan en luchas intestinas y encuentren el camino directo que a través de una representación auténtica y sin camuflajes, les lleve hacia la dirección del propio Estado representado por sus instituciones: la ley, en suma, que es la que ha de regir sin titubeos ni dejaciones o delegaciones la justicia — la que ha de garantizar a la comunidad la paz.

Hemos de aspirar, si queremos ser fieles a nuestro origen y a las razones permanentes de nuestro pueblo, a que las Facultades y las Escuelas Superiores estén ocupadas por quienes lo merecen y no por quienes pueden.»

«La segregación más irritante que puede producirse en una sociedad como la nuestra es sin ningún género de dudas, la que produce una desigualdad de cultura.

Lo que trato de afirmar es que la única forma de realizar una política social justa, que el único camino de hacer la revolución que nos proponemos, está en hacer práctica la frase que os decía hace un momento: la cultura ha de ser considerada como el alma, de patrimonio colectivo.

EL SINDICALISMO

Hoy menos que nunca podemos concebir al sindicato como un sistema de cómodos muelles amortiguadores; como un artificio administrativo destinado a domesticar el impulso de los trabajadores y a tornar el fuego de sus corazonas en un tímido susurro para depositarlo como un eco

lejano, en la masa donde se ejerce la función del mando. Los obreros, cuyo caudal de energías y entusiasmos necesitamos para seguir construyendo a España, se apartarían de nosotros y no estarían dispuestos a entrar en esas doradas jaulas.

El sindicato es todo lo contrario al amortiguador, al muelle y al artificio. De ahí que repudiamos cualquier proposición que con este o aquel ropaje con esta o aquella estrategia, intente destruir la más cara conquista alcanzada: la unidad sindical. Esa unidad ha de preservarse, incluso, contra aquellas incitaciones legales que dentro del sindicato tratan de fomentar la separación y el aglutinamiento en células menores, aunque enquistadas en la armónica totalidad sindicalista. Nos oponemos a que por fáciles concesiones se puedan adquirir patentes de corso a quienes tratan de aniquilar lo que no dudo en proclamar como la más lograda conquista: la unidad y la fuerza de nuestro sindicalismo. El sindicato ha de ser fuerte y sólido en lo



San Antonio

Los falangistas tenemos acreditada una honrosa hoja de servicios a España. En el supremo interés de España fuimos pacientes en la hora del triunfo. Nos soñamos bien mandados y sabíamos que era inútil abordar todos y cada uno de los presupuestos revolucionarios sobre un país que renacía del rescoldo de la contienda y sobre un panorama de desolaciones. Pero en 1972, dirigidos por la misma singular figura, nos exigimos a nosotros mismos el abordar, cuando las condiciones materiales de la nación son propicias, aquellos proyectos revolucionarios que no se han terminado de desarrollar.

Tenemos el deber de liberar a España de esa angustia generalizada, de salvar la estirpe del pueblo español de la ruina y de la ahogada en que se liquidan los valores más profundos del espíritu. Tenemos, en suma, que seguir con paso firme y resuelto el camino que emprendimos, bajo la voz inolvidable de José Antonio, en una mañana otoñal de 1933. Por eso, conscientes de las dificultades pasadas, de las dificultades que existen y de las dificultades que pueden existir, nos mantenemos enérgicos y firmes en la defensa de la integridad de la doctrina de José Antonio.

José Antonio fue un rebelde y tuvo la suprema elegancia de morir — como ha dicho un escritor norteamericano — con decorosa sencillez por una sociedad que no le gustaba nada; por un pueblo y por una Patria a la que amaba con voluntad de perfección y con amargura crítica. Hay que entregarlo así, para que illumine el gesto airado de una juventud que, en buena parte, es también rebelde con deseo de perfección, frente a una España que, a pesar de todo, sigue sin gustarnos.

Vos Caudillo de España y Jefe Nacional del Movimiento, con gesto de singular prudencia, pero con profunda energía revolucionaria, habéis dicho por este pueblo y por esta Patria lo que en todo su azarosa Historia no se hizo. Perteneceis ya al patrimonio de los españoles, de los gentes sencillas, de la totalidad nacional. Y habéis querido, con gesto de suprema serenidad, desvanecer del paisaje espiritual de nuestro pueblo la frase agreste de que tras de vuestra eficaz república el diluvio. En la figura del Príncipe de España, cuya formación tan española y cuya juventud constituyen una esperanza, está la garantía de que vuestra obra, que es la obra de España, continuará su marcha ascendente, para bien de la Patria y del pueblo español. Pero para que esa obra no se malogre es necesario, además, que el Príncipe de España cuente con la fe solidaria del pueblo y el mejor resorte para movilizar voluntades y amar esfuerzos es el que nos ofrece en 1972 la Revolución Nacional. La Revolución Nacional es también un patrimonio de ese pueblo. Un patrimonio que no puede ser subastado, ni enajenado, ni mucho menos liquidado en intereses contrario al sagrado interés del pueblo español.